un alma que no quiere más que lo que á Él agrada y se entrega al beneplácito divino.»

Esta doctrina, de inmenso consuelo, que deberían conocer todos los fieles, no es solamente de San Francisco de Sales: fué enseñada también por el gran profesor de Roma San Felipe Neri, que habla como el santo Obispo de Génova, y por Blosio, que dice: «EL QUE EN ARTÍCULO DE MUERTE HACE UN ACTO DE PERFECTA CONFORMIDAD Á LA VOLUNTAD DE DIOS, NO SÓLO QUEDARÁ LIBRE DEL INFIERNO, SINO AUN DEL PURGATORIO; AUNQUE HUBIESE COMETIDO TODOS LOS PECADOS DEL MUNDO.» (Lib. *De cons.*, XXXIV.)

San Alfonso María de Ligorio sostiene la misma opinión, apoyándola en razones teológicas. Después de transcribir las anteriores palabras de Blosio, agrega: «La razón es que quien acepta la muerte con perfecta resignación, adquiere un mérito semejante al de los santos mártires, que dieron espontáneamente su vida por Jesucristo.» (*Monaca Santa*, t. II, pág. 25.)

Sufrir voluntariamente los tormentos y la muerte más bien que renunciar á la fe, es decir, más bien que renunciar á Jesucristo, obrando contra su voluntad: tal fué y tal es el mérito de los mártires.

Del mismo modo, hacer de la necesidad virtud, aceptando la muerte conforme á la voluntad divina y con resignación filial al eterno Padre, que

la envía: tal es, igualmente, el mérito del moribundo que hace el generoso sacrificio de su vida.

¡Oh! ¡Qué bueno es Dios, y qué doctrina tan consoladora!

CAPÍTULO XXXV.

ALGUNOS PENSAMIENTOS DE SAN FRANCISCO DE SALES.

Pureza de intención.

OCUPÁNDONOS en cosas de la tierra, es preciso fijar los ojos en el cielo.

Vivamos en este mundo como si tuviésemos el alma en el cielo y el cuerpo en la tumba. Nuestro progreso en la perfección no resulta de la multiplicidad, sino de la pureza de intención que anima nuestros actos.

Caridad.

Si la falta de otro tiene cien aspectos distintos, debemos verla según el menos humillante.

Satisfacción.

Bastante satisfacemos por nuestros pecados haciendo todo solamente por agradar á Dios.

Confianza.

Caemos á menudo sin apercibirnos de ello, y nos levantamos también sin advertirlo.

Nuestras enfermedades y miserias de espíritu no deben admirarnos; Dios ve muchas más en nosotros, y su misericordia no desdeña á los miserables; por el contrario, los llena de bienes, y coloca sobre esa abyección la sede de su gloria. ¿Qué haría Nuestro Señor con la vida eterna, si no la diese á las pobrecitas y pequeñas almas?

Cortesía.

No conviene decir á toda hora palabras melosas. Desagrada un alimento abundante en azúcar.

Libertad de espíritu.

Es menester hacerlo todo por amor, nada por fuerza. Más se ha de amar la obediencia que temer la desobediencia. Ensanchad vuestro corazón.

Sufrimiento.

Más vale una libra de sufrimiento que cien libras de acción.

Tentación.

Las tentaciones no pueden dañarnos mientras les digamos: *¡nones!*

Resignación.

No queráis ser otro del que sois; desead solamente ser muy bien lo que sois. Cada uno quiere amar á su gusto; pocos, según su deber y según el gusto de Nuestro Señor. Si hemos de vivir en Francia, ¿de qué nos sirve levantar castillos en España?

Faltas cotidianas.

Es preciso tener paciencia con los demás, y primeramente con nosotros. Aunque apliquemos bien la bomba al navío de nuestro corazón, nunca lograremos desalojar toda el agua del fondo.

Respeto humano.

Si el mundo nos desprecia, alegrémonos, puesto que nosotros mismos nos consideramos despreciables; si nos alaba, despreciemos su juicio, porque es ciego. Dejémosle decir lo que quiera, bueno ó malo.

Conformidad con la voluntad de Dios.

Pensad con mucha frecuencia en que todo lo que hacemos vale únicamente si nos conformamos á la voluntad divina. Si yo como ó bebo, porque Dios quiere que lo haga, soy más agradable á Él que si sufriese la muerte sin esa conformidad.

Buena voluntad.

El ángel que anunció la venida del divino Maestro fué mensajero de la paz, del gozo y de la dicha para *los hombres de buena voluntad*, para que nadie ignore que para recibir á Jesús nos basta esa disposición de ánimo, porque Él vino á bendecir las buenas voluntades, y si se dejan gobernar, presto las hará fructuosas y santas.

Humildad.

No hemos de decir palabras de humillación si no proceden del fondo de nuestra alma y si no estamos convencidos de la baja estima que expresan. Lo contrario es entrar á la gloria por una puerta falsa, y esta especie de lenguaje procede de muy refinado orgullo. El que por medio de discursos semejantes procura la gloria de que se le tenga por humilde, es como los remeros que cuando se dirigen al frente reman hacia atrás.

Pecados de lengua.

El que lograse desterrar los pecados de lengua, quitará del mundo la tercera parte de los pecados. *El que no ofende por medio de la lengua*, dice Santiago, *es un hombre perfecto.*

Sequedad.

Un solo acto hecho con sequedad de espíritu

vale más que muchos practicados con gran ternura, porque aquél se hace con amor más fuerte, aunque no sea con agrado.

Pecados veniales.

Con tal que nos levantemos presto, elevando nuestro corazón á Jesús y humillándonos con dulzura, no deben afligirnos demasiado las pequeñas caídas, como sean poco frecuentes. Nos detienen un poco en el camino recto, pero no nos desvían; una mirada de Dios las desvanece.

CAPÍTULO XXXVI.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.

Austeridades.

Cuando hacemos en todo nuestra propia voluntad, no teme el demonio que despedacemos nuestra carne. No teme la austeridad, sino la obediencia.

Cruz.

Menester es inmolar cada día nuestro corazón sobre el altar de la cruz, donde Jesucristo inmola el suyo por amor nuestro. La cruz es la puerta

única para introducirnos al templo de la santidad; si buscamos otras, nunca lograremos entrar.

Alegrías mundanas y alegrías sobrenaturales.

No son los rosales espirituales como los visibles: en éstos las espinas perseveran y las rosas se marchitan; en aquéllos pasarán las espinas, quedando las rosas.

Amor al prójimo.

Necesitamos tener un corazón bueno, dulce y amoroso con los demás, señaladamente cuando nos sirven de carga y disgusto, porque entonces no los amaremos más que por Jesucristo, y será más excelente nuestro amor, porque estará puro y limpio de condiciones caducas.

Cambio de confesor.

No se debe cambiar de confesor sin grave motivo racional; pero tampoco conviene ser invariable en todas circunstancias, porque pueden sobrevenir causas legítimas de cambio.

Amparo mutuo.

Gran parte de nuestra perfección consiste en ampararnos, protegernos y ayudarnos mutuamente, sufriendo las imperfecciones de los otros. ¿En qué podríamos ejercer mejor la caridad al prójimo?

Confianza en la Comunión.

Comulgaremos resueltamente, en paz y con toda humildad, para corresponder á nuestro buen Jesús, que se abajó y anonadó tanto por venir á nosotros, que vino á ser nuestra comida y nuestro pasto, siendo nosotros pasto de gusanos.

No hay en el mundo cosa alguna sobre la que tengamos más perfecto dominio que sobre los alimentos que transformamos para nutrirnos, y Jesucristo ha llegado á este exceso de amor para darse por completo á nosotros.

Cosas pequeñas.

No atendáis de ningún modo á la importancia que de suyo tengan las cosas que hacéis, sino al honor que reciben con ser objeto de la voluntad de Dios, ordenadas por su providencia, dispuestas por su sabiduría; en una palabra, siendo agradables á Dios y conocidas como tales, ¿á quién pueden desagradar?

La muerte.

La muerte es horrible; esto es muy cierto; pero también lo es que la vida que sigue después y que Dios nos ha de dar es mucho más apreciable, y por eso no debemos desconfiar nunca: somos ciertamente miserables; pero nunca podremos serlo tanto como Dios es misericordioso con

los que tienen voluntad de amarle y han puesto en Él sus esperanzas. El mejor remedio de todos contra el temor á la muerte es pensar en Aquel que es nuestra vida. Debemos unir siempre el recuerdo de nuestra muerte con el de la que sufrió Jesús para dulcificarnos tan duro trance.

Vacilaciones inquietantes.

No debéis examinar si lo que hacéis es poco ó mucho, bueno ó malo, con tal que no sea pecado y tengáis de buena fe la voluntad de hacerlo por Dios. En cuanto podáis, ejecutad perfectamente lo que hacéis; pero una vez hecho, no penséis más sino en lo que sigue. Caminad sencillamente por el camino del Señor y no atormentéis vuestro espíritu.

Virtudes pequeñas.

Vayamos poco á poco, caminando cerca de la orilla, porque la alta mar nos trastorna la cabeza, produciéndonos convulsiones. Permanezcamos como la Magdalena á los pies de Jesús; practiquemos virtudes pequeñas, acomodadas á nuestra pequeñez: *á pequeño pajarillo, pequeño nido.*

Muerte de los más queridos parientes y amigos.

Lloro, en verdad, muchísimo en tales ocasiones; mi corazón, de piedra para las cosas celestiales,

derrama por esos motivos torrentes de lágrimas; pero, lo digo para gloria de Dios, mi llanto es siempre dulce y con gran sentimiento de amor á la Providencia divina. Después que Jesucristo amó la muerte y nos dió la suya por objeto de nuestro amor, no puedo sentir desagrado con la muerte de mis hermanas ni de nadie, con tal que haya sido por amor á la muerte de mi buen Jesús.

Os diré en amistosa confianza estas palabrillas: No hay hombre en el mundo que tenga más vivo disgusto que yo en todas las separaciones; tengo, sin embargo, por tan poca cosa esta vanidad de la vida terrena, que jamás me he dirigido á Dios con amor más ardiente que cuando ha permitido que se me hiera.

EPÍLOGO.

Mi *yugo es suave y mi carga ligera*, ha dicho Nuestro Señor. Para hacer práctica esta consoladora frase, hemos intentado explicarla. Para lograr este fin, nada nos ha parecido mejor que transcribir, casi literalmente, las enseñanzas de Doctores tan eximios como San Francisco de Sales y San Alfonso María de Ligorio.

El demonio emplea, señaladamente con las mejores almas, todos los medios de que dispone para hacerles duro y penoso el yugo del buen Maestro. Estas artimañas del maligno espíritu producen, cuando menos, mil fuentes de inquietud, desaliento y escrúpulo. Nuestros Santos Doctores, resolviendo clara y terminantemente muchas dudas é incertidumbres, y agotando los recursos de su tierna caridad, han procurado bien inapreciable á muchos fieles de Cristo.

En este opúsculo se han reunido enseñanzas esparcidas en numerosos escritos. Tomándolas animosamente como regla de conducta, todos los fieles, por más timoratos ó escrupulosos que sean, reconocerán por experiencia propia que *el yugo de nuestro buen Jesús es dulce y su carga ligera.*

LAUS DEO, BEATISSIMÆ VIRGINII MARIÆ ET DIVO JOSEPHO.

FIN.

ÍNDICE

	Páginas.
PRÓLOGO	5
CAPÍTULO I.—Naturaleza y causas del escrúpulo	7
CAPÍTULO II.—Causas del escrúpulo (continuación)	11
CAPÍTULO III.—Señales y motivos del escrúpulo.—La confesión.—Su primera cualidad.	15
CAPÍTULO IV.—Segunda cualidad de la confesión	19
CAPÍTULO V.—La sinceridad, tercera cualidad de la confesión.—Respuesta á las dificultades	23
CAPÍTULO VI.—Respuesta á las dificultades (continuación)	27
CAPÍTULO VII.—Doctrinas consoladoras	30
CAPÍTULO VIII.—Doctrinas consoladoras (continuación)	33
CAPÍTULO IX.—Continuación del precedente.	37
CAPÍTULO X.—Otra vez la confesión	41
CAPÍTULO.—XI.—Obediencia al confesor	45
CAPÍTULO XII.—Continuación del precedente	49

Páginas.

CAPÍTULO XIII.—Más sobre los escrúpulos en la confesión y avisos á los confesores.. 52
CAPÍTULO XIV.—Escrúpulos sobre la comunión..... 57
CAPÍTULO XV.—Continuación del precedente. 61
CAPÍTULO XVI.—Nuevos pretextos para no comulgar..... 65
CAPÍTULO XVII.—Continuación del precedente..... 69
CAPÍTULO XVIII.—Escrúpulos sobre la oración..... 73
CAPÍTULO XIX.—Continuación del precedente..... 76
CAPÍTULO XX.—De la tibieza..... 80
CAPÍTULO XXI.—Escrúpulos sobre distracciones y tentaciones..... 83
CAPÍTULO XXII.—Nuevos escrúpulos sobre las tentaciones..... 87
CAPÍTULO XXIII.—Utilidad de las tentaciones..... 90
CAPÍTULO XXIV.—Escrúpulos sobre los pecados é imperfeciones..... 93
CAPÍTULO XXV.—No inquietarse por las imperfecciones y pecados..... 97
CAPÍTULO XXVI.—Continuación del precedente..... 101
CAPÍTULO XXVII.—Pequeñas virtudes..... 105
CAPÍTULO XXVIII.—Seguridad de la gracia.—Signo de gracia habitual..... 108
CAPÍTULO XXIX.—Pureza de amor á Dios.. 111

Páginas.

CAPÍTULO XXX.—Señal de progreso en la perfección..... 115
CAPÍTULO XXXI.—Consuelo á los penitentes. 117
CAPÍTULO XXXII.—Escrúpulos sobre la vocación..... 121
CAPÍTULO XXXIII.—Consuelo á los enfermos y á los que los asisten..... 123
CAPÍTULO XXXIV.—Seguridad y consuelo á la hora de la muerte..... 127
CAPÍTULO XXXV.—Algunos pensamientos de San Francisco de Sales..... 129
CAPÍTULO XXXVI.—Continuación del precedente..... 133
EPÍLOGO..... 139

HERRERO
HERMANOS
EDITORES
MÉXICO